

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN, DR. IGNACIO GONZÁLEZ GINOUVES

Señoras y señores:

Hace un mes celebró nuestra Universidad sus 30 años de vida. Hoy celebra las bodas de plata de su Escuela de Medicina.

Si en aquel entonces—hace 25 años—alguien hubiera dicho lo que en este lapso se iba a lograr en realizaciones y prestigio, es probable que el tiempo hubiera parecido larguísimo y las realizaciones, quiméricas. De la nada con que empezaron a trabajar veinte voluntades soñadoras e intrépidas, ha salido esto que es una realidad vigorosa en plena marcha y cuya historia no encuentra fácil paralelo en otras instituciones culturales de iniciativa privada de nuestro Continente.

Hacer una Universidad es brava cosa, llena de dificultades y de responsabilidades. Ninguna de ellas era ignorada por quienes formaron en 1927 el Comité pro-Universidad y Hospital Clínico de Concepción. Pero tenían fe en su obra y eran hombres tesoneros movidos por un afán cristalinaamente progresista y desprendido. ¡Y por eso triunfaron!

En 1919, comenzó la Universidad con los cursos de Farmacia, Dentística, Pedagogía en Inglés y Química Industrial, en una modesta casa de la calle Caupolicán.

En 1922-23 la enorme matrícula de la Escuela de Medicina de Santiago, que superaba los 400 estudiantes en el primer año, hizo que aquella Facultad, sugiriera a la Universidad de Concepción la creación de un primer año de Medicina que aliviara en parte su pesada labor. Aquí la idea tuvo acogida ya que funcionaban, para las Escuelas ya creadas, cuatro de las cinco Cátedras que eran necesarias: Anatomía que se dictaba en Dentística, y Química, Botánica y Física que se dictaban en Farmacia. Faltaba sólo Biología, escollo que se salvó gracias al interés

personal del Dr. Juan Noé que recomendó a su alumno y ayudante Dr. Ottmar Wilhelm que en 1923 acababa de terminar sus estudios, para dictarla.

Y fué así como en 1924, en abril, se inició el primer año de la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción, con el siguiente profesorado:

Botánica: Dr. Alcibíades Santa Cruz; Física, don Humberto Vergara; Química, don Salvador Gálvez; Anatomía Dr. Enrique González; Biología, Dr. Ottmar Wilhelm.

La matrícula fué de 50 alumnos y los materiales de clases, un microscopio y algunos artefactos de vidrio y balanzas conseguidas de cualquier parte. Para Anatomía se construyó un Pabellón de madera frente al Garage del viejo Hospital, en donde hoy se levanta la nueva Escuela.

El éxito de este primer año hizo que se continuara de inmediato, con el segundo, con el siguiente profesorado:

Anatomía, Dr. Enrique González; Histología Dr. Guillermo Grant B.; Química Biológica, Dr. Víctor de la Fuente y Fisiología Dr. Andrés Morales, quien venía de Santiago 3 días a la semana. Al año siguiente, este profesor fué reemplazado por el Dr. Alejandro Lipschütz, contratado en Letonia y para quien la Universidad creó el Primer Instituto Científico, el de Fisiología.

En 1927, se continuó con el 3er. Año, con los siguientes profesores:

Patología Interna, Dr. Guillermo Grant B.; Patología Externa, Dr. Enrique González P. (que a su vez hizo entrega de las clases de Anatomía a su actual profesor Dr. Enrique Solervicens); Cirugía, Dr. Ernesto Fischer K. y Bacteriología Dr. Liborio Moraga B.

* * *

La prudencia aconsejaba una pausa y la espera de que el impulso formidable y bienhechor que la creación de esta Escuela

habría significado para la medicina de Concepción, diera sus frutos.

Así en 1930 se pudo crear el 4.º Año que tuvo 23 alumnos a cargo de los siguientes profesores:

Clínica Médica Dr. Guillermo Grant B.; Clínica Quirúrgica Dr. René Ríos G.; Terapéutica Dr. Alejandro Reyes; Cirugía Dr. Ernesto Fischer; Anatomía Patológica Dr. Ernesto Herzog; Patología General Dr. Ricardo Burmeister G.

El otro paso significaba asumir responsabilidades que no toleraban un ensayo o una improvisación: se esperaron 15 años y sólo en 1945, cuando se contó con el nuevo Hospital se creó el 5.º Año que fué seguido en 1948, del primer semestre del sexto, situación en que nos encuentra este Aniversario.

Las primitivas herramientas de trabajo: un microscopio, algunos aparatos de vidrio, algunos instrumentos de física, fueron incrementándose gracias a los fondos que proporcionaba la Lotería, con la parsimonia que imponían las limitaciones económicas, pero sin que su modestia comprometiera la calidad y la seriedad de la enseñanza ni menoscabara la fe y el entusiasmo de quienes la impartían o de aquellos que la recibían.

Y esa parsimonia, esa administración meticulosa e inteligente es la que ha permitido realizar el milagro de lo que hoy vemos, con medios que en otras manos apenas habrían servido para comenzar. Falta mucho, todavía, aun para consolidar lo creado—si es que puede hablarse de consolidación en materias tan evolutivas, en que jamás hay quietud ni reposo, como son la ciencia y la enseñanza—pero lo logrado y la fe que tenemos en el valor de la obra, nos hace esperar fundadamente que se superen dificultades presentes y nuestra Universidad, y, por lo tanto su Escuela de Medicina, puedan seguir su camino para bien de la cultura chilena, para prestigio de la Medicina chilena y para satisfacción de las juventudes.

No podríamos nosotros decir cual ha sido la influencia—si la ha ejercido—de nuestra Escuela en la Medicina chilena y en

su enseñanza. Creemos, no obstante, que hablan en su favor los cientos de alumnos que han pasado por sus aulas, que se han destacado posteriormente en sus cursos en la Universidad Central y muchísimos de los cuales, como médicos y aún investigadores y profesores se han labrado un dignísimo nombre. Que sus Institutos Científicos, han tenido también una significación en la investigación y la enseñanza médica chilena. Que lo mismo puede decirse del aporte de profesores e investigadores chilenos y extranjeros, que han encontrado en Concepción, medios, reposo y ambiente para lucubrar y trabajar, y por último, que algo ha significado su propia actividad docente que ha permitido a la Universidad de Chile reducir sus cursos a límites compatibles con una enseñanza racional y moderna, y a la juventud no sólo de la región, sino del Norte y del Sur y aún del Extranjero,—ha abierto oportunidades y facilidades que no habría podido brindarle solo la capital.

Hace pocos días, nuestro Rector rindió en ocasión tan solemne como ésta, homenaje a quienes fundaron hace 30 años la Universidad de Concepción. Ello no me excusa de rendirles hoy el homenaje de agradecimiento y admiración de la Escuela de Medicina. Los nombres de quienes asistieron a la Sesión del 23 de marzo de 1917 para «cambiar ideas acerca de la fundación de la Universidad de Concepción» y en especial los de quienes constituyeron el «Comité ejecutivo Pro-Universidad y Hospital Clínico», serán siempre recordados con veneración por quienes profesen y por quienes aprendan en las aulas que hoy son posibles gracias a su visión y su esfuerzo.

La Escuela de Medicina, por su parte, tiene en sus 5 lustros de vida, otros hombres a quienes agradecer. Ante la dificultad de nombrarlos a todos, me limitaré a señalar a los que han muerto y a los vivos que aun la acompañan.

Entre los primeros, he de recordar al primer Decano y preclara figura de la Ciencia Médica chilena Dr. Alcibíades Santa Cruz; al Dr. Ernesto Fischer Klein, profesor de Cirugía y Direc-

tor de la Escuela; al Dr. Víctor de la Fuente, profesor de Química Biológica; al profesor Hellmuth Kallas, que sirvió por varios años la Cátedra de Fisiología; al Dr. Agostino Castello, sabio Italo que desempeñó por varios años la Cátedra de Bacteriología; al Dr. Ricardo Burmeister, Profesor de Patología General; al Dr. Liborio Moraga, de Bacteriología y por último a don Ernesto Mahuzier, que aunque no pertenecía a su cuerpo docente, como Sub-Director de ella y como Director de la Universidad, le dedicó mucho de aquello que tan prematuramente lo arrancó de entre nosotros. Entre los segundos, he de mencionar a don Salvador Gálvez, primer Decano de la Escuela y primer y actual profesor de Química; a don Humberto Vergara, primer y actual profesor de Física; al Dr. Ottmar Wilhelm, lo mismo en Biología; al Dr. Guillermo Grant B., cuya vasta cultura, capacidad y amor por la Universidad, lo ha llevado cuando las necesidades lo han requerido, a desempeñar las cátedras de Fisiología, Histología, Patología Médica, y por fin, Clínica Interna con una eficiencia y claridad que siempre recordarán sus alumnos.

Es una historia breve, pero rica en enseñanzas y ejemplos porque ha estado movida por una ambición muy poderosa, muy noble y muy serena. Historia que marca para nosotros un sendero y nos impone una tradición.

* * *

Enseñar, señores, es tarea nobilísima y llena de responsabilidades. Noble, porque significa entregar a otros hombres la mejor herencia de nuestra sociedad, el pensamiento, la ciencia y la cultura; cumplir con el rito inmemorial de las generaciones, de preparar a quienes deben de sucederlas en las delicadas disciplinas del espíritu o de la investigación. Y es llena de responsabilidades porque de lo que sepamos enseñar y como lo realicemos, depende en no poca medida la preparación de nuestros profe-

sionales, el nivel cultural de la sociedad en que vivimos y la clase de ideas que manen de la élite que procuramos preparar.

Esta responsabilidad se acrecienta cuando se trata de la enseñanza de la Medicina, por lo delicado de las tareas que a los médicos incumbe en la sociedad, y porque los cambiantes progresos que imponen la Ciencia y la técnica obligan a mantenerse al día en métodos, en pensamiento y aún en medios para enseñarla.

Permítaseme, entonces, que aproveche esta ocasión para referirme a algunos aspectos de la educación médica.

Los estudios de Medicina, como consecuencia de los progresos de la Ciencia y de la técnica, se han hecho tan complejos y vastos que no sería posible pretender enseñarlo todo. Por ello ha dicho un célebre cirujano norteamericano que «la más perfecta Escuela de Medicina no es hoy en día capaz de preparar médicos o cirujanos suficientemente calificados como para confiarles la vida de la gente».

Para solucionar satisfactoriamente este tremendo problema, sólo hay dos medidas prácticas: 1) enseñar en los años de estudio universitario, lo fundamental, inculcando en el joven la conciencia de su limitación y el deber de perfeccionarse y adquirir después aquello que la Universidad no tuvo tiempo de darle, y 2) crear cursos de perfeccionamiento especializado post-universitario.

Todo ello exige, además de los cambios de la Universidad misma, cambios en la actitud del profesor y en la actitud del alumno, que en no poca parte significan abandono de costumbres y de prejuicios y aun de tradiciones que con frecuencia han sido sancionadas por largos años, pero que al fin y al cabo son el precio de progreso o cuando menos impuestos por las circunstancias derivadas de él.

Un alumno universitario debe despojarse de la actitud pasiva que, en general, y este es un defecto de nuestro Liceo, observa frente a sus estudios, y colaborar activamente, ayudando con su asistencia a Laboratorios y Bibliotecas, y la labor de

profesor supliendo lo que éste no puede enseñarle, con sus propios estudios.

El Profesor debe abandonar la antiquísima costumbre de la clase erudita y completa—de la cual apenas el más concentrado alumno no es capaz de aprovechar sino una parte—para transformarse en el guía de sus alumnos en su propia búsqueda del saber y para llevarlos a la consolidación de sus conocimientos por medio de lecciones y trabajos prácticos que el alumno, ya informado, aprovecha mejor y más íntegramente. Tratándose de estudiantes de Medicina, el profesor debe partir de la base de que no está formando especialistas en su materia, sino médicos generales; por lo tanto su enseñanza debe limitarse a aquello que es esencial a éstos, pero aprendido de tal manera que integre en forma segura y eficaz, el conocimiento general de toda la medicina que aquél debe poseer.

El cambio de actitud de la Universidad, se refiere a la revisión de los planes de estudios y de los programas, a veces muy extensos y ambiciosos, de las diferentes Cátedras, para ajustarlos a los conceptos ya enunciados; al énfasis que debe ponerse en el trabajo activo de los alumnos; a la provisión de laboratorios, bibliotecas, salas de trabajo, etc. y a la orientación del «ansia de enseñar» de los profesores, hacia la investigación o la labor de perfeccionamiento post-graduado, que debe ser la verdadera—y única—Escuela de especialistas.

En nuestra Universidad chilena, ya se ha iniciado la evolución en el sentido que señalamos en la enseñanza de las patologías, las clínicas y otros ramos afines; sus resultados, son, en nuestra experiencia, espléndidos, y nos hacen abrigar la esperanza que el mismo criterio habrá de aplicarse en breve en forma más general. Nuestros planes de estudio están todavía, en muchos aspectos, recargadísimos de materias; la enseñanza no se hace—por dificultades materiales o económicas que no desconocemos—o por prejuicios o costumbres, todo lo práctica que sería de desear y los horarios en algunos cursos apenas dan al estudiante tiempo

libre para la asistencia a bibliotecas o el estudio y aun el descanso o la práctica de otras actividades igualmente importantes para su formación espiritual o corporal.

La necesaria limitación de los estudios universitarios, que he señalado, hace que el médico recién titulado deba profundizar aquellos conocimientos especializados que le son hoy necesarios para tener éxito en su práctica. Se impone, entonces, el deber de la Universidad, de crear oportunidades para ello, en forma de cursos de especialización de post-graduados. Sabemos que existen proyectos y planes para realizar tan importante como sentida aspiración y hacemos votos por que en breve sean realidad.

Me parece, por otra parte, que el cambio del internado médico del último año, por el externado en el 4.º, 5.º y 6.º, es decir, cuando el alumno no está todavía «sazonado», pierde muchas de las indudables ventajas que tiene, si no se le complementa con el internado de especialización «posterior» a que me acabo de referir.

Pero, no habrán aclarado mi posición frente a los problemas de la enseñanza médica, si no me refiero, brevemente a dos puntos generales que no por conocidos dejan de tener la mayor importancia:

La medicina, no es, en sí, una Ciencia ni es posible aplicar a su ejercicio y práctica—proyectados hacia la sociedad y los humanos—el raciocinio y los métodos científicos. Pero tiene con las ciencias una íntima relación, se basa en ellas, y recibe de ellas los aportes que la hacen progresar. Por eso si el médico no debe necesariamente—y quien sabe si «no debe» a secas—ser un científico—aunque es conveniente que algunos lo sean a riesgo de abandonar la Medicina—debe tener una formación científica, una mentalidad científica que guíe eficazmente su razonamiento a través del laberinto de los problemas prácticos y abra sus horizontes hacia el campo estimulante de la duda, del estudio y del progreso.

Debemos, por eso, poner al joven que pretende ser médico, en contacto con la ciencia y con sus cultores, acercarlo a aquel templo y mostrarle lo que allí se hace y cómo se hace. Ello dará a los que posean las dotes, el gusto y el desprendimiento necesarios para dedicarse a las actividades de la Ciencia, la oportunidad de orientar hacia ella su vida y formará en los que asuman los trabajos prácticos de la profesión, la mentalidad que es deseable.

Podríamos repetir con Bacon:

«Muchos se apartan del estudio antes de tiempo y corren hacia la práctica, a ejemplo de Atalante que, desviándose del camino derecho y deteniéndose para recoger las manzanas de oro, dejó escapar la victoria. Dios no creó sino la luz durante el primer día y no se rebajó a una obra material. En las ciencias hay que tomar por modelo la sabiduría divina. En una palabra hay que concretarse primero a las experiencias luminosas, no a las fructuosas, sabiendo por otra parte que una vez establecidas las leyes, acarrearán tras sí multitudes y como un ejército de nuevas aplicaciones».

He ahí la importancia que la enseñanza de los ramos básicos, por lo menos, se haga en Institutos de investigación, en donde se compartan las labores docentes con las del estudio de las ciencias y de sus aplicaciones prácticas. Nuestra Universidad ha tenido la visión de estas necesidades y en lo que sus medios y el medio le han permitido, ha dado a los Institutos el máximo de desarrollo y estímulo. Expreso mi deseo de que no le falten jamás medios para seguir haciéndolo.

* * *

Pero, con enseñar las bases científicas y los métodos prácticos de la profesión, no hemos terminado todavía nuestra labor formativa del médico.

Es función también de la Universidad, formar al hombre,

ayudar al estudiante a formar su personalidad, a ser humano y a saber caminar por la vida, *haciéndolo* recta y serenamente, y *viviéndola* en forma íntegra, viril y auténtica.

Nuestro Rector, decía en días pasados, desde su muy alta tribuna espiritual: «Necesitamos una filosofía que, sin optimismos ingenuos sea sustentadora de la vida, sea luz y camino para mejor vida. Filosofía que, aún del misterio indescifrable que nos rodea, sepa hacer fuente inspiradora de bondad, fuente inspiradora de valor. Al lado de los templos en que se adora directamente a Dios las universidades son como santuarios en que se busca, se adora y se colabora en la obra de creación de Dios, por medio de las lucubraciones del pensar especulativo, por las investigaciones científicas y técnicas, contribuyendo al adelanto material y fomentando las letras y las artes por medio del cordial cultivo de las virtudes humanas y cívicas».

Dice Ortega y Gasset: «La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva, vías, caminos; es decir: ideas claras y firmes sobre el universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura, en el verdadero sentido de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea una tragedia sin sentido o radical en vilecimiento».

Formar hombres cultos, rectos y serios, y formar personalidades conscientes de sus deberes y obligaciones para consigo mismos, para con sus semejantes y para con la sociedad, es otro de los papeles de la Universidad.

Dice uno de los lemas de nuestro plantel «sin verdad y esfuerzo no hay progreso». La búsqueda de la verdad y la filosofía del esfuerzo sano y creador, deben ser el norte de todo universitario.

El hábito del trabajo activo, del esfuerzo y del estudio; el

sentido de la responsabilidad y del cumplimiento de las obligaciones; el fomento del interés por las actividades del espíritu; la asistencia a conferencias, ateneos, bibliotecas o cursos de filosofía y cultura general; el ambiente universitario y su tradición; el ejemplo personal de los profesores y sus amistosas relaciones con los alumnos, junto con las alternativas de una sana vida institucional estudiantil, son los resortes principales para conseguir los fines a que me estoy refiriendo.

* * *

Este cumpleaños encuentra a nuestra Escuela en pleno período de crecimiento, afanosa por mejorar la enseñanza que imparte y por completar el ciclo de los estudios médicos.

El nuevo edificio que concentrará y aposentará en forma por demás amplia y cómoda, algunos Institutos hasta ahora dispersos, permitirá mejorar la enseñanza de las ciencias básicas y hacerla más completa y práctica. Al mismo fin tienden sus esfuerzos por dotar mejor y con mayor personal a otras cátedras o institutos, y la muy preciada cooperación que algunas instituciones entre las que debemos destacar a la Fundación Kellog, de Norteamérica, han ofrecido para que se perfeccionen algunos miembros del personal docente.

Los espléndidos servicios y clínicas del Hospital de Concepción, por su parte, permitirán que nuestra Escuela complete en breve plazo, todos los cursos de la enseñanza médica. Las buenas relaciones y la valiosísima cooperación de los Servicios de Beneficencia han hecho posible vencer el único escollo que aparecía como insalvable: la Cátedra de Psiquiatría. Se ha llegado a un acuerdo con la Institución rectora de nuestros hospitales, para la creación, a fines de este año de un Servicio para enfermos psiquiátricos, a cuyo cargo estará el profesor full-time de la Universidad, un muy reputado y capaz psiquiatra vienés, cuyos servicios serán contratados a partir desde el 1.º de julio próximo.

Esperamos, en consecuencia completar la enseñanza del 6.º año de Medicina, el año 1950 y posteriormente, sin apresuramientos pero tampoco con demoras injustificadas, crear el séptimo y último.

Estamos conscientes de la responsabilidad que todo ello significa, pero alentamos la confianza de que podremos contar con los medios para hacerlo bien, ya que damos por descontados la competencia y el entusiasmo de quienes deban asumir las responsabilidades de las nuevas cátedras y la capacidad y el espíritu de estudio de nuestros alumnos.

* * *

Señores; colegas; ex-alumnos de nuestra Escuela: habéis venido de todos los puntos del país a acompañar a vuestra «alma mater» en este día de júbilo. Traéis todavía todos, en el rostro, mucha de la juventud que derrochasteis en la quietud de nuestra ciudad y en la modestia de nuestras aulas. Venís en peregrinación de amor y de agradecimiento a retribuir con vuestra presencia, lo que la Universidad os dió.

Celebro y agradezco vuestra venida. Ella os será saludable porque reviviréis al contacto con vuestros antiguos compañeros y profesores y con la actual juventud, la época tal vez más luminosa de vuestra vida, y será saludable para nosotros, para la Universidad, porque nos sentiremos reconfortados con lo que hoy sois, con vuestros éxitos y con vuestra gratitud.

A vosotros, colegas, ex-alumnos de Valparaíso, que habéis tenido el gesto simpatiquísimo y muy elocuente de perpetuar vuestro afecto y sentimientos en esta hermosa «placa», os doy el agradecimiento muy especial y afectuoso de nuestra Escuela, que sabe el prestigio de que gozáis entre el cuerpo médico porteño y se siente honrada con haberos un día cobijado. Esta placa tendrá colocación principal en nuestra nueva Escuela y será un

símbolo de la unión siempre viva que debe existir entre una Universidad y sus ex-alumnos.

Señor Decano y señores profesores de la Universidad de Chile y Católica de Santiago: habéis venido a acompañarnos en nuestra fiesta, trayéndonos un mensaje de congratulación y de estímulo que agradecemos muy sinceramente.

En especial os agradezco a vos, señor Decano de la Universidad de Chile, vuestra presencia de esta noche, no sólo por quien sois y los méritos que os adornan, sino porque representáis muy dignamente a nuestra centenaria madre común, esa vieja y muy noble Universidad de Chile, gloria de nuestra cultura, orgullo de la intelectualidad americana y guía luminoso de nuestros pasos.

Vuestra presencia, señores, la nota de simpatía y de estímulo que nos traéis, la hermosa tradición que, desde la Universidad de Chile, se ha continuado y hecho carne en la muy modesta que hoy os recibe, a través de estos 25 años de esfuerzos y trabajos, unidos a nuestro propio esfuerzo y a la inquietud, el interés y la capacidad de nuestros alumnos, son tizones que avivan la llama de fervor universitario que nos anima y nos impulsa a no desmayar en la tarea que estamos realizando, que es la mejor ofrenda que podemos hacer a la memoria de quienes hicieron posible nuestra existencia institucional y para bien de la cultura y el progreso de nuestra Patria.

PALABRAS DE OFRECIMIENTO DE UNA HERMOSA PLACA DE PLATA
CON LA FIRMA DE LOS EX ALUMNOS RESIDENTES EN VALPARAÍSO
PRESENTADA POR EL DR. PEDRO URIBE

Señor Rector, Señor Decano de la Facultad, señor Director de la Escuela de Medicina, compañeros:

Tengo el agrado y el honor de hablaros en nombre de los médicos, ex-alumnos de esta Universidad, residentes en Valpa-